

Notas bibliográficas

Prof. Manuel SOCORRO.—“Poesía del Mar (Aspectos)”. Las Palmas de Gran Canaria, 1947. Tip. Alzola. 301 págs. en 4^o con 15 ilustraciones de Barroso.

Atentamente entregado y dedicado por el autor leemos—acaso tarde ya—el extenso estudio que el catedrático y director del Instituto de Las Palmas de Gran Canaria ha dedicado al tema del Mar. El amplio trabajo examina la huella literaria que el mar ha dejado en la *Biblia* (Antiguo y Nuevo Testamento), en la *Iliada*, la *Odisea*—cuyo resumen inserta—, en la obra de Anacreonte, Alceo y Teócrito, por lo que a la literatura griega se refiere. En la latina señala algún aspecto marino de las obras de César, Terencio, Lucrecio, Catulo, Virgilio, Horacio y Séneca. En la Edad Media peninsular alude al *Libro del Consulado catalán*, al *Poema de Myo Cid*, a la obra de Berceo, *Libro de Alcizandre*; al Arcipreste de Hita, *Libro de Apolonio*; al lirismo galaico-portugués, al Canciller López de Ayala, Juan de Mena, Santillana, Juan de Dueñas, Manrique y a los romances de Turrián y Floreta y del Conde Arnaldos. En cada uno de los autores y obras citadas el Sr. Socorro destaca y reproduce las composiciones que él estima alusivas al tema del Mar.

En la poesía (aunque a veces también se refiere en su obra a algún prosista como César, Gracián o Azorín, etc.) del Renacimiento estudia en primer término *Os Lusíadas*, de Camoens, cuyo resumen hace, y luego señala y reproduce lo pertinente al tema que le ocupa en la obra de Garcilaso, Gil Polo, Arguijo, Villamediana, Martín de la Plaza, Gutiérrez de Ceti-

na, Virués, Herrera (en varios sitios, porque el autor no lleva un riguroso orden expositivo), *Epístola moral a Fabio*, Medrano, Fray Luis de León, Francisco de Figueroa, Ercilla, Virués (en el *Monserate* ahora), Fray Luis de Granada, y Fray Luis de León de nuevo. En el barroco destaca las alusiones marinas de Cervantes en el *Quijote* y aspectos poéticos de la obra de Lope, Carrillo de Sotomayor, Góngora, Gracián, Quevedo y Calderón. En el neoclasicismo señala algunas alusiones de Cadalso, García de la Huerta, Sánchez Barbero y Quintana; en el Romanticismo al Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla, Arolas, la Avellaneda, Carolina Coronado, Rosalía de Castro, Núñez de Arce y Bécquer. En el Modernismo (que el autor cree que es el movimiento poético que va de 1890 a 1947) destaca la aportación de Salvador Rueda, Rubén Darío, Juan Maragall, Unamuno, Azorín, Baroja, Pérez de Ayala, Antonio y Manuel Machado, Eduardo Marquina, Díez Canedo, J. R. Jiménez, Fernando Villalón (que el autor llama Cristóbal por explicable error en quien escribe tan de prisa y recordó al complutense del *Viaje de Turquía*), Basterra, Salinas, Guillén, Pemán, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Alexandre, García Lorca, Cernuda, Rolán, Juan Panero, Gimés de Albareda y Jaime Delclaux.

En el prólogo de su obra el autor nos advierte que "no ha pretendido hacer labor investigadora. Ni aun de crítica literaria". Afirma que no ha hecho labor exhaustiva y que en el orden literario "una crítica sincera, franca y leal siempre debe agradecerse como una desinteresada colaboración", nobles e inteligentes palabras que me animan a expresar, con toda consideración y respeto, mi opinión sobre el trabajo del profesor Socorro.

Lo primero que lamento en una obra de 300 páginas, con tan buen papel y tan bien impresa, es la falta de notas que avalen las extensas citas que el autor hace en su recopilación, porque el lector que desee verificarlas o ampliar conocimientos se encuentra que el Sr. Socorro no ha querido serle útil. Bien está que los libros sagrados o los autores clásicos se citen según la acostumbrada alusión de libro y párrafo o verso; basta, pues, que se escriba Gen. 49, 13, o *Iliada*, V, 43 y sigs., por ejemplo, para que todos nos entendamos, pero, ¿por qué no escribir al pie de página (para mayor comodidad) la edición y página del párrafo de la *Filosofía del Arte*, de Taine, que inserta el autor en la pág. 14; por qué no indicar de qué año y editorial es la traducción de Teócrita de Montes de Oca, citada al pie de la pág. 22; la cita completa del trabajo de Figueroa Valverde aludido en la pág. 51; la obra en que el P. Cappa escribe el párrafo que el Sr. Socorro reproduce en la pág. 64; la de Vallbuena en la página 72; y por qué no hacer constar de qué obra es cada fragmento reproducido, cuando se trate de autores contemporáneos que han publicado más de un libro? Pasa que el autor no desee hacer obra de erudición, pero nada le costaba avalar el testimonio de sus referencias con la indicación completa que pudo haber ayudado al curioso lector. Una obra implica siempre un servicio.

Tal y como está hecho el libro del Sr. Socorro ocupa un lugar intermedio entre la antología y el ensayo literario. Para antología le sobra texto y para ensayo le sobra demasiado verso, que en varias ocasiones ocupa una extensión innecesaria: incluir el texto conocido de la *Medea*, de Séneca (págs. 37-38); el conocidísimo romance del Conde Arnaldos (págs. 58-59), los varios fragmentos de Calderón, de Núñez de Arce o Marquina es ocupar demasiado espacio sin utilidad alguna; pudo resumirse el contexto destacando lo decisivo para la temática marina y remitir al lector al libro y página correspondiente. En cambio, la inclusión de algún fragmento de *Marinero en tierra*, de Alberti, hubiera sido conveniente en una obra de esta índole, ya que el autor inserta fragmentos de poetas y libros de menor interés.

Al final de la lectura ¿qué conclusiones saca el lector de ella y qué sentido tiene el mar en la poesía clásica y española? ¿Cómo actúa el mar en estos escritores y poetas y cómo traducen ellos este sentimiento? No ha querido el autor facilitar un trabajo de síntesis y concreciones que no creemos reñido con la forma "sencilla, sugestiva y amena" que él ha querido dar a su libro.

Acierta el Sr. Socorro al apuntar los diversos nombres y adjetivos que en la *Odisea* se dan al mar (págs. 15-16), así como en la *Éneida* (pág. 32), que implica una atención estilística en ese buen latinista que es el Sr. Socorro (1); muy bien destacada la adversión de Horacio al mar. A veces dice más en un par de oraciones el autor que no en un extenso párrafo de yuxtaposición telegráfica, estilo al que es muy aficionado. Compárese la sencilla verdad y lo bien visto de esta afirmación: "Ercilla narra los hechos y peripecias como aquel que los ha visto y los ha sufrido" (página 89), con este otro párrafo: "Con Espronceda se entra en pleno ambiente romántico. Espronceda, vida y obras románticas. Pasiones. Deseos incumplidos. Carcajadas y lágrimas. Corazón impulsivo. Hastío y desengaños. Desesperación. Suicidio" (pág. 144).

Si escaso partido le saca el autor a la lírica galaico-portuguesa, como antólogo acierta al escoger la representativa composición de Carrillo de Sotomayor de las págs. 112-113, y, en suma, acaso en menor extensión y mayor precisión hubiera hecho un trabajo más útil para todos, ya que hizo el esfuerzo. En un par de páginas con citas al pie pudo haber despachado las que dedica al mar en la *Biblia* y en el mundo clásico y medieval; el que la palabra mar se use con valor real o metafórico en *Myo Cid*, Berceo, Hita, etc., no hace necesario incluir tantos versos ni consideraciones prolifas. Al referirse al Renacimiento, al Barroco, al Neoclasicismo o al Romanticismo, con destacar las notas comunes en los poetas del mo-

(1) Véase su libro *Virgilio y el mar*. Las Palmas de Gran Canaria, 1947. 54 págs. en 4º. Tip. Diario. Como por su índole no roza ningún tema pertinente a Canarias, no podemos comentarlo en estas páginas.

mento literario y avalar con el verso o la estrofa representativa y la cita correspondiente, acaso habría bastado. Al entrar el mar con el paisaje en la literatura española, a partir del Realismo del último tercio del siglo pasado, el autor ya pudo haber diferenciado los matices en el Modernismo propiamente dicho y luego en las escuelas creacionistas, de poesía pura, neopopularistas, etc. Considerar en bloque los poetas a partir de 1890 es un poco aventurado, porque se presta a confusiones.

He pensado por mi cuenta hace tiempo en el mar desde el punto de vista literario—acaso por interesarme tanto el natural—y veo así la cuestión: El mar como elemento poético alcanza ya valor en la poesía griega y latina, pero no el mar en sí, sino entendido como camino; de ahí que, visto como espectáculo o sorteado como tal medio, lo que impresiona literariamente al hombre antiguo es la tempestad. Se describe, pues, la tempestad en Alceo, en Teócrito y en Virgilio. Es curioso como el modelo que inaugura el poeta latino en el Lib. I de la *Eneida* ha sido patrón de varios poetas que han descrito tempestades; con menor valor descriptivo lo hizo Juan de Mena en *El Laberinto* (estr. 170 y sgts.) y Ercilla, que comienza en el canto XV de su *Araucana* (final de la primera parte) por imitar al poeta, sigue describiendo luego la tempestad de una manera real y como si la hubiera sufrido, en efecto.

Si el mar es el camino, el puerto es la posada. El puerto de Forcis en Itaca está bellamente descrito en la *Odisea* (XIII, 96-112); ha sido el modelo virgiliano de la descripción del puerto de Libia en la *Eneida* (Lib. III, 298-308). La literatura posterior tendrá aquí el punto de partida.

El mar de la *Odisea* y de la *Eneida* con su Poseidón o su Neptuno, sus divinidades marinas y sus islas reales o imaginarias, el mar Mediterráneo poetizado, es el que pasa al Renacimiento: marina como la *Odisea* es también *Os Lusíadas*; pues bien, a pesar del sentido marino que Camoens tiene, su mar Atlántico o Indico es trasunto del Mediterráneo, desde donde traslada las deidades clásicas. El mar de Camoens es en lo sustancial un mar mitológico.

En la poesía castellana, el mar se “describe” a partir del siglo XVI, pero no se siente. La fórmula estilística de la descripción es a base de ingredientes cultos, heredados del mundo clásico, y por tanto no reales; el mar se personifica en el padre Océano y es un motivo más de la ornamentación mitológico-clásica del siglo; eso representan las sirenas que tímidamente aparecen en la poesía de Montemayor o las nereidas de Fray Luis.

Tonos mitológicos le dan a sus alusiones marinas Virués, Fernando de Herrera, Lope y Góngora. En Calderón el mar—como todos los ingredientes con que el poeta manipula—le sirve de pieza para montar sus elaboraciones barrocas.

Pedro de Espinosa construye un Mediterráneo artificioso, monumen-

tal y altisonante de nereidas y delfines en torno al dios Neptuno, que atiende a la navegación de San Raimundo desde Mallorca a Barcelona. Sobre el “turquesado mar” pone Espinosa delfines que arrojan blanca espuma por las narices, nereidas destillando aljófara de las verdes cabelleras, sirenas sobre pintadas conchas, Nereo en un caballo marino y Neptuno, que, entre esmeraldas y corales, espolea su verde carro, en tanto que mana cristales de sus caballos y lleva las barbas preñadas de rocío.

La imponente grandeza de este gran elemento—que los antiguos creyeron vivo porque se movía—ha tenido que proporcionar al espíritu imágenes expresivas del curso de la vida humana en sus distintos aspectos e incluso de la muerte; de ahí “el mar que es el morir” de Jorge Manrique, como un recurso de la simbología típica del otoño medieval; es curioso que en otro momento de otoñal melancolía, bordeando ya el barroco, el autor de la *Epístola moral a Fabio* vuelva a actualizar la imagen de río-vida y la del mar-muerte manriqueñas. La contemplación marina produce siempre una consecuencia intelectual de comparación con la propia vida, como hace Medrano o el mismo Lope: “Rompe el tridente azul”, etcétera.

Si fuéramos a aludir a las múltiples imágenes que en poesía provoca el mar real no acabaríamos esta nota. Fray Luis, que es hombre de llanura, habla de “los tendidos mares” (*A Santiago*); Herrera de “la llanura del mar” (*A la victoria de Lepanto*); Francisco de Rioja habla del mar “en inmensas llanuras extendido” (*Soneto a las ruinas de Atlántica*), etc.

El mismo sentido metafórico lo vemos en la nave. Horacio imitó de Alceo su famosa oda (I, 14) en la que alude al zozobrantero navegar de la nave de la República. El canciller Ayala aludirá a la nave de la Iglesia (*Rimado de Palacio*), Juan de Duñas a la “nave de amor” y Gál Vicente a la “nave de amores”; Herrera compara su vida a una “ligera nave”, Francisco de Figueroa insiste en el tema horaciano en su *Canción* “Cuitada navecilla”, etc.; en el mismo tema abunda Lope (“¡Pobre barquilla mía!”), Quevedo (“¿Dónde vas, ignorante navecilla?”), o en otro lugar, llevado del pesimismo sedentario de su tiempo, frente a la alegría dinámica de los años renacentistas de Carlos V, escribirá agorero: “Y si de navegar estás resuelta / mantos prevengo ya para tu vuelta”). En fin, esta es el tema, el de la nave como alegoría, en el que Quintana desarrolla su oda *A España después de la revolución de marzo*.

Comparar al mar con la eternidad es imagen preferida por los románticos: “Imagen de la obscura eternidad”, escribe Espronceda en *El Diablo Mundo* o “Remedo tenebroso / de la insondable eternidad”... “gemelo de la nada”, dice Zorrilla, etc. Otro aspecto de interés es el de personificarlo y hacerlo interlocutor del poeta; el mar en vocativo y hecho tú del diálogo ya lo advertimos en la enamorada del *Cancionero* de Martín Códax, que pregunta por su amigo a las “ondas del mar de Vágo”; en la

Canción de Carrillo de Sotomayor: "Sosiega, ¡oh claro mar el ancho velo!"; en Góngora (romances que empieza "Amarrado al duro banco" y *Las Solitudes*, II, 120 y sgts.); en Quintana (oda *Al mar*); en la Avellaneda, etc.

Dentro de la estética de los románticos el mar es preferentemente tratado desde su aspecto negativo de la tempestad (que ya apuntaba en el neoclásico Francisco Sánchez Barbero: *A la batalla de Trafalgar* enlazando con la tempestad clásica); el propio mar de Quintana está interpretado como un espectáculo natural terrorífico: ronco estruendo, eco ensordecedor, rescollos estremecidos, espanto y no amor; Espronceda alude al "negro mar que brama", la Avellaneda oye su "hórrido bramar"; dentro de sus cánones de escuela: ronco, horrísono, negro, etc., son los adjetivos que lleva el mar, la mayoría de las veces, en la lírica del Romanticismo.

Cuando la escuela realista incorpora el paisaje en todas sus consecuencias a la literatura y no como elemento accesorio, sino como personaje fundamental, al cobrar un valor sustantivo adquieren las marinas literarias un valor semejante a las pictóricas. De intento suprimo toda cita para destacar sólo al mar bravo, verde, espumante, construido a base de color y movimiento por Joan Maragall. La pluma del poeta catalán es tan impresionista como el pincel de Joaquín Sorolla cuando escribe:

Avui el mar té vint-i-vuit colors,
i tot està revolt, el cel i l'aigua.
... ..
Mar blau, adéu.
... ..
L'escuma enlluerna,
el sol l'abrillanta,
l'onada s'esberla
i cau ressonanta.
Mar brava, mar verda, mar escumejanta!

Para un ensayo aparte dejo las citas referentes a las nuevas escuelas poéticas y su interpretación del mar. Por ahora basta lo apuntado.

La última tercera parte de su obra la dedica el profesor Socorro a la poesía canaria y el mar. Como en todo el libro, ni una cita que pueda guiar al lector en su búsqueda. ¿Por qué no dar la referencia del número y fecha del semanario "El Español" donde aparecieron los trabajos de José María Pemán sobre Tomás Morales y el mío sobre el libro de Manuel Criado, que el autor menciona en las páginas 222 y 248? Las citas a medias entran en los procedimientos del trabajo a lo siglo XIX (no en todos los eruditos de la centuria, claro) que enloquecen al estudioso de nuestro tiempo cada vez que desea hallar algo en la semipenumbra de referencias de esta clase.

Comienza el autor por hacer un resumen de *La Atlántida* de Verdaguer; después alude a Viana y hace demasiado caso de las afirmaciones de Valbuena Prat, utilísimo primer torizante de nuestra literatura, pero de rápidas lecturas. Rápida ha sido también la que el Sr. Socorro ha hecho a Viana, pues cuando Dácil contempla al mar (Cantos IV y V) no está en "el alto Anaga", ni es Castillo (¡bueno fuera!), sino Sigoñe quien le advierte la presencia de unos quince bultos en el mar (Cfr. la pág. 237 del trabajo que comento y la 91 del *Poema* de Viana, edic. de 1905). Por lo demás, la rectificación a Valbuena en el sentido de que hay sentimiento del mar en Viana la tengo hecha desde más conferencias en el Gabinete Literario de Las Palmas y puede verse en la breve reseña aparecida en el diario "Falange" de aquella ciudad, edición del 3 de enero de 1945. Pero como al autor le repugnan las citas...

Se refiere luego a Cairasco y aquí sí que lamento de veras esa repugnancia del autor por las citas y las referencias. Anoté por vez primera el sentido del aislamiento en Cairasco—que no advirtió Valbuena—en las aludidas conferencias y en mi trabajo al libro de Manuel Criado (que cita incompleto el autor, como he dicho, en la pág. 248), publicado en "El Español" del 2 de febrero de 1946 y en esta *Revista de Historia*, núm. 71, de octubre-diciembre de 1945; allí de la cita donde aparece tal nota de aislamiento en Cairasco; el Sr. Socorro se limita a insertarla... Seguidamente se aprovecha, asimismo, de mi cita—por vez primera hecha, que yo sepa—al mismo sentimiento del mar en *Los meses*, de Viera, y, claro, inserta los trozos alusivos del poema; a continuación, al ocuparse de Afonso, poeta que, naturalmente, destaco en mi trabajo—y no Valbuena—, se refiere el autor a la relación entre el mar de Afonso sentido como padre y el de Morales, interpretado idénticamente; desde luego la relación ya está advertida por mí. Pero el autor profesa gran antipatía a toda cita y a dar completas las que hace. En mi aludido trabajo escribí desde 1945: "El que Valbuena Prat—mentor de la literatura canaria de Criado—no cite más autores que los que él conoce no quiere decir que el tema del mar no tenga cultivadores en otras épocas. Partiendo de Cairasco tengo estudiada la cuestión y he observado cómo las diversas generaciones reaccionan respecto a él" (Vid. *Revista de Historia*, tomo XI, pág. 506). Más afortunado en tiempo y en medios económicos, sobre todo, que yo, el autor ha dado cima a su trabajo antes de que se publicara el mío. Sería totalmente ridículo e inoperante que yo tuviera la pretensión de pavonearme con prioridades para menospreciar la meritoria labor antológica del Sr. Socorro; lo único que desearía es que cuando salga mi anunciado trabajo y haga las afirmaciones que ya tengo hechas, ningún posible y futuro descuidado en las citas ajenas vaya a pensar que me he apoyado en el trabajo del Sr. Socorro para hacer algunas afirmaciones. Es por lo único que me he permitido hacer estas aclaraciones.

El autor estudia luego—e inserta composiciones de cada uno—a los

poetas Bento y Travieso, Negrín (el hecho de que cite aquí mi trabajo implica sólo su rapidez al escribir y su antipatía a las citas, pero no malévola intención), los Estévanez, Julián Torón, Luis Doreste, Guillermo Perera, Tabares Bartlett, Tomás Morales—al que dedica una obligada extensión—, “Alonso Quesada”, Saulo Torón, Fernando González, Ignacia de Lara, Josefina de La Torre, Pedro Perdomo, Félix Delgado, Luis Benítez Inglott, Pedro Bethencourt Padilla, José María Millares y Pedro Lezcano.

Vuelvo a repetir que mi estudio sobre el tema me ha permitido examinarlo en estos y en otros poetas canarios. Quede aquí a modo de breve resumen que las Islas—tan deudoras a Portugal en cuestiones lingüísticas—han debido al gran país atlántico de Camoens la interpretación negativa del mar. En la lírica portuguesa el mar es sentido negativamente y como objeto de saudade y deprecación:

Maldito seja o mare
que me faz tanto male

escribe Roi Fernandes. El mar es causante de la muerte, como en la enamorada de la célebre cantiga de Mendinho en el *Cancionero de la Vaticana*. Las ondas cercaron la ermita de San Simón a la más enajenada moza de la lírica peninsular, que ofrenda su hermosura al mar—del que no sabe defenderse—pensando en su amigo:

Non hei hi barqueiro, nen sei remar.
morrerei fremosa no alto mar:
on atendend'o meu amigo...

Este sentimiento negativo en una isla plantea el drama del aislamiento, felizmente captado por Unamuno, y al que eleva con gran inteligencia Valbuena a categoría estética en nuestra poesía regional; ésta es la situación de Cairasco. En esta postura está “Alonso Quesada” y antes y después muchos otros poetas que no puedo citar aquí.

Pero frente a la interpretación del mar-dogal está la del mar-gargantilla. El mar puede ser camino, aventura, conductor de esperanza; de esa manera lo entiende Luis de Góngora en su romance “Amarrado al duro banco”; así lo siente alguna vez el mismo Unamuno. Desde nuestros comienzos poéticos ésta es la línea en que está situado Antonio de Viana y los cantores alegres de un mar positivo, como Tomás Morales o algún aspecto del mismo “Alonso Quesada” y tantos otros. Estas características y algunas otras son las que yo he visto en mi trabajo inédito. Pero las “restricciones”, que son los imponderables del momento, me obligan al punto final.

Maria Rosa ALONSO

Juan MEDEROS.—“Poesías”. Las Palmas de Gran Canaria, 1947. Imp. Perdomo. 16 pág. en 8º.

Al publicar el poeta Juan Mederos su hermosa elegía a Miguel Hernández nos ocupamos de él en estas mismas páginas. *Poesías* es el segundo cuaderno que el joven canario ha publicado y, tal parecer, nos comunicaron que Mederos, angustiado como tantos otros por la opresión insular, quería hacer un viaje que, por lo que luego hemos sabido, nunca hizo. Y acaso siga ahí en su isla, atado al potro del tormento, como Alonso Quesada, aislado y agonizado y puede ser que le corroa la sangre esa polla de la melancolía que terminó con el autor de *El lino de los sueños*.

Mederos, como varios poetas canarios—en especial propiamente dichos, o sea de Gran Canaria—, está poco adscrito a la poesía regional o local; nada parece advertir en esta dirección la presencia de un canario, ni los motivos locales han sensibilizado su corazón poético. La dignidad del verso y de la imagen—poco rica y complicada—, el estar muy de espaldas a la “poesía pura” y con la sangre en la tierra son notas que se destacan en las ocho composiciones de su cuadernito. El poeta canta las cuatro vidas que las estaciones marcan en el árbol y, con sencillez, comenta:

Si yo pudiera, como el árbol mismo,
tener cuatro estaciones en mi mano,
la vida con la muerte alternaría:
tendría vida y muerte en sólo un año.

El tema del símil entre la vida humana y la de los árboles o los elementos de la naturaleza es tan viejo como la poesía misma; los poetas de la generación prebarroca y barroca gustaban de la consideración filosófica y sentenciosa que la comparación les brindaba; alojado nuestro poeta en supuestos culturales y estéticos que no son los de aquel tiempo, resuelve idéntico motivo en una conclusión de sencillez aseverativa. De manera parecida, y con un valor poético más alto, resuelve en la composición *Qué sufrir de tenerte y no tenerte* la temática de las vidas-ríos que van al mar-morir, de extensísima tradición:

Y si voces diversas nos apartan,
y si suertes contrarias nos desvían
por opuestos senderos, siempre lejos;
como dos ríos de común origen,
con las brumas unidas, no las aguas,
al mar iremos de la muerte fría
penando por tenernos y padernos.

De su apego a la tierra, de su interpretación terrestre de lo cósmico, destaquemos el comienzo de la composición *Entre los muertos*:

Hay un sabor terrestre por mis labios
cuando paso mi mano por las cosas,
o cuando toco carne, o cuando beso
otros labios, orillas de otra tierra.

Una viñeta de Santiago Santana, de un grabado de Picasso, ilustra la breve edición de Mederos, en quien seguimos estimando una promesa firme y de elevado estilo para el movimiento poético de las Islas.

M. R. A.

Agustina GONZALEZ Y ROMERO.—“Poesía”.
Edición, prólogo y notas de Néstor Álamo. Gran
Canaria, 1947. 269 págs. en 4º.

Produce la Naturaleza—al modo de los brillantes y raros ejemplares de la flora o fauna—algunos extraños y singulares seres que, cuando por sus limitaciones no caben en el casillero reducido de los genios, ingenios o talentos, ocupan las galerías destinadas a eso que se llama “un tipo”. El “tipo” es un ente personalísimo, original, que casi siempre arroja sobre el encalmado mar de la grey desmayada el estallido altisonante de su humanidad señera.

D^a Agustina González y Romero (1820-1897), la poetisa que Néstor Álamo ha desempolvado, conocida en sus tiempos por el apodo de “La Pérezjila” en Las Palmas (donde nació, vivió y murió), fué sin duda un “tipo”. De vida solitaria y por ello triste, de ventisqueros humos de mal genio, abandonada por los suyos y casi ciega, paseaba su arisca humanidad de contralto retirada por las calles de su ciudad, oponiendo los rápidos tiros de sus cuartetos o décimas al disparo que los gritos de “¡Pérezjila!” le dirigían por rúas, esquinas, zaguanes y ventanas.

La poesía de Agustina González tiene, como la de Villon o Quevedo —citados por el prologuista—, esa doble cara que afecta, bien en autores enclavados en épocas de transición, bien en vidas bifurcadas ellas mismas por la amargura o el resentimiento; así en la poetisa de Las Palmas se advierte una poesía seria y religiosa y otra ferozmente satírica. La poesía seria o grave de Agustina González no es de altos valores literarios; algunos correctos sonetos, como los dedicados a Carmen Matos y a Pino Sall (casi el mismo, pero que la autora aprovecha para distintas necrologías o “lloronas”) o el titulado *A la alborada*; cultiva esa poesía de circunstancias en las comunes composiciones al cumpleaños o la muer-

te de personas amigas o versifica el suceso de actualidad como en el *Romance histórico*, tan ríspido como de ciegos. Al lado de este aspecto externo de su poesía habría que sumar el subjetivo e íntimo en el que la poetisa llora las desventuras de su pobre soledad o la ingratitud y el desvío de sus hermanos y familiares. De pocos alientos líricos es también su poesía religiosa, de mayor extensión, y dedicada casi toda a la Santa Virgen, poesía que cobra angustiados acentos biográficos cuando la Virgen es la de la Soledad.

No sólo en esta poesía mariana recuerda el gesto del también bifronte desvergonzado—tierno y tibur como él solo—François Villon, sino que, a igual que éste, Agustina deja su testamento, y las donaciones de sus bienes: la guitarra (a la que faltan la segunda, la prima, tercera y cuarta), el tintero, el jarro, la palangana, la cómoda, los lebrillos, la librería, bacinillas, tallas y alguna cosa más que posee Agustina hacen inventario paralelo a la espada, la cota de malla, los guantes, la capa de seda y la capucha del atrabiliario francés, que salpica de chispeante humor, como Agustina, cada objeto y su dádiva.

La auténtica negra tinta de aguafuerte goyesco, pero que data de la actitud de un Quevedo, por ejemplo, puede advertirse en su *Desesperación*:

Lanzada fui al mundo
noche de tinieblas,
parto ensangrentado
del Destino soy.

En idéntica postura personal y línea literaria ha escrito el Vizconde de Buen Paso en su *Miserere*:

¿Cómo puedo no haber sido
parto infeliz del pecado,
si fui en maldad engendrado
y entre culpas concebido?

Este lamento de D. Cristóbal del Hoyo ya tengo escrito que tiene sus raíces en D. Francisco de Quevedo:

Paríome adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!

En nota de pintura realista, a lo Valdés Leal, escribirá la poetisa en la misma composición:

Tal vez allí, sí,
después que gusanos
se coman mis carnes
y tumbia pupila.

Pero el fuerte poético de la "bardina"—como la sustantiva originalmente su presentador—está en la poesía satírica, vena heredada de los Romero, apellidado que en la redonda isla dió vates a las Musas: D. Mariano Romero y Magdaleno (1783-1840), tío de la poetisa, o D. Pablo Romero y Palomino (1830-1885), sobrino-primo de la misma (y enemigo mortal), si bien la vena romerill no se agotó en ellos.

La sátira de Agustina González, más que agenos quevedescos, afecta los agudos tonos que en el siglo XVIII (nuestros Iriarte y Viera, de menor mérito, son buenos ejemplos cercanos) tuvo la poesía satírica; en ella las Islas ya destacaban su idiosincracia, espigando desde entonces lo que habría de ser el "humor" canario; Agustina en esto continúa la tradición satírica del siglo de las luces. Clasifico su sátira en estos grupos: sátira escatológica (en la segunda significación del cultismo), de moral femenina, anticlerical, política, meramente anecdótica en abstracto y personal y concreta.

Ejemplo de sátira escatológica lo ofrecen sus composiciones: *A un criado cuidadoso*, *Un pecado mortal*, *Otro pecado*, *Un "viento"*, etc.; de moral femenina: *El borracho*, *El día de San Juan*, etc.; de sátira anticlerical: *A don Juan Guerra*, *Un predicador*, *El sermón*, etc.; de sátira política: *Carta a don Juan el de las patas amarillas*, *Un memorial*, *Carta a Perico el de los Palotes*, *Asamblea de los diablos* (sobre el pleito provincial), etc. Muestras de sátira meramente anecdótica serían las composiciones: *El criado*, *Otro criado*, *El loro*, *El embajador*, *Los dos frailes*, *Los amigos*, *Amor conyugal*, etc.

Pero el fuerte y el punto escandaloso de su sátira está situado en el apartado de la sátira personal y concreta, en el insulto versificado. A la poetisa, que no se le escapó nadie de su atrevida pluma, desde el "indiano" (satirizado siempre por el canario ya en Tomás de Iriarte y Viera, el "indiano" es tanto sujeto de sátira como de romance), hasta la concreta niña de Estupiñán hay que catarla en la virulencia de este apartado satírico. Puede recordar a un popular y fantasioso Quevedo su sátira escatológica, que, como todo el género, destila crudeza soez; su sátira anticlerical—jamás antirreligiosa—es meramente festiva y nada grave, dentro de la línea típica española que se inaugura en la *Disputa de Elena y María* y sigue lozana en la jocunda gracia del Arcipreste de Hita. La sátira política de Agustina no perdona ni al omnipotente León y Castillo, ni a D. Antonio López Botas o a D. Domingo J. Navarro, o a cualquier otro personaje de relumbrón en su isla, o a los timerfeños mismos en diabólica asamblea antidivisionista, como ella los hace figurar. En la sátira anecdótica la poetisa deja correr la sana vena de su humor y pulc con toda gracia el chiste, pero en la sátira personal y concreta es donde todavía hoy "La Perejila" consigue la explosión risueña del lector; en este aspecto Agustina hace una poesía de guerrillas, de contrarréplica al apodo insultante con el vocablo que hiere. Ella volcaba su resentimiento fa-

miliar en poesías serias a sus parientes, como hemos visto, pero también con sátira personal y caústica cuando el deudo era Pablo o Mariano Romero y Palomino, o el insulto venía de la de Estupiñán, de Dolores Santana, de este o aquel criado, criada, albañil o monaguillo; si en estos casos la breve poesía de personal sátira se salva, aun salpicada con el soez vocablo—por el soez vocablo acaso—, es porque la prontitud ingeniosa del escopetazo legitima la gracia de la ordinarietz propiamente dicha.

El octosílabo y el endecasílabo en romance, décimas, cuartetos, redondillas, sonetos, serventesios, son el verso (al que habría que añadir los esdrújulos de la pág. 176 y antes, los de las 95-96 de efectos cómicos) y estrofa usados con preferencia por Agustina Romero.

Néstor Alamo, “fincho en ristre”, como describiría él, ha desenterrado a esta “olvidada” de quinta o sexta fila con toda atención y pulcritud. De gran interés las eruditas noticias que recoge de los familiares antecesores de la poetisa, con las que la historia y la literatura regionales añaden algún detalle desconocido, servicio que muchas veces ha prestado Néstor Alamo con sus trabajos. Por obra y virtud suya, si bien no incorporamos una poetisa valiosa al frondoso “pensil” de estas apocadas islas, sí adquirimos un delicioso libro donde el real y positivo mérito se lo lleva casi por entero el presentador, que se nos ofrece de nuevo como el escritor más original del Archipiélago. Nos preguntamos si la poetisa misma o su medio social valían el esfuerzo superlativo que Néstor Alamo ha hecho sin que entre los suyos se lo hayan valorado como él merece. Es curioso que, mientras la apreciación extrainsular de un Marañón o de un Claudio de La Torre han captado el volumen de este esfuerzo, un libro como éste pase aquí sobre las romas púas de un silencio elocuente. El prólogo de Néstor Alamo, repleto de gracia intencional y singularísima, lo firmaría con gusto cualquier escritor de “altura”: la presentación de Juanita Quintero, “nana” y “rechoncha”, el desgaire simpático y el fino humor con que salpica el detalle erudito hacen de Néstor Alamo un narrador inimitable.

Mezcla intencionalmente Néstor Alamo el vocablo dialectal o aclimatado con el cultismo y en feliz coyunda le sale el léxico más personal de las islas: esos *matalotaje*, *atufarse*, *sobaje*, *refistoleo*, *esmorecerse*, *via forfolina*, etc., etc., junto a las voces *dipsomanía*, *escatológico*, etc., salpican acá y allá la narración desconyuntada a veces con agudos cortes de frontón barroco en la sintaxis. La determinación en el escritor tiene su antecedente en la prosa culterana; Sevilla, por ejemplo, es para Alamo “la ciudad que en el Betis sumerge las pantorrillas” (pág. 28) y Cádiz: “Ciudad... que sirve por aquella ribera de ingrato zaguán a Andalucía” (pág. 27).

A esto hay que añadir los sustantivos de su invención como esos “hardina” (femenino de *bardo*, poeta) o “vatesa” (femenino de *vate*,

poeta) aplicados a la poetisa con lo que, al coruscante modo de Quevedo, intenta nuevas voces.

La edición, muy bella, y los dibujos y numerosas viñetas—a las que el prologuista de “La Perejila” es muy aficionado—ilustran tan interesante obra que hasta en los detalles ornamentales pregonan la originalidad de Néstor Alamo.

María Rosa ALONSO

Miguel SANTIAGO.—“Las dos ediciones (¿o dos modalidades de una misma?) de “Le Canarien”, por Bergeron, en 1630” en “Revista de Bibliografía Nacional”, tomo VII, fasc. 1^o a 4^o, Madrid, 1946.

La tardía aparición de las revistas es, en España, ya proverbial y más con las dificultades actuales de impresión; comentamos por ello ahora el presente trabajo de Miguel Santiago, que, si bien no contiene aportaciones al problema de las fuentes de la conquista betancuriana, es de interés por el hecho de que pone en orden la cuestión referente a manuscritos y ediciones de esta preciosa fuente histórica.

Todos los datos expuestos por Miguel Santiago son conocidos por el historiador Dr. Bonnet, que los incluyó en su trabajo *Los Béthencourt de Tenerife y el “Canarien” de Bergeron*, publicado en el tomo VI de esta Revista, como advierte el propio Miguel Santiago. Le advertimos nosotros que, a su vez, todos los datos y sugerencias del trabajo del Sr. Bonnet eran conocidos por D. Luis Maffiotte La Roche, benemérito y pulcro investigador canario, en su trabajo *La crónica de Béthencourt según el libro de Pedro Margry “La Conquête et les Conquerants des Iles Canaries”*. Estudio histórico-bibliográfico. Santa Cruz de Tenerife, 1903.

Pero como se aprecia a veces en los historiadores profesionales, entrafascados en los problemas que los ocupan, una falta de claridad expositiva y ordenada que desorienta al lector no especializado, el trabajo de Miguel Santiago es de utilidad. La labor de erudición, del orden que sea, no debe atenerse a un mero lenguaje de iniciados que, de seguir así, convertirían el estudio de la especialidad en una especie de secta pitagórica, sino que el escritor debe procurar y esforzarse por alcanzar la mayor claridad y orden posibles. quede bien sentado que no me refiero a aquella labor divulgadora y empírica a lo siglo XIX que todavía se padece entre nosotros, sino a la ordenación sistemática y clara de la exposición, menester del que no se preocupan mucho todos nuestros investigadores.

Con datos previamente conocidos, pues, Miguel Santiago ordena lo pertinente a manuscritos y ediciones de las crónicas betancurianas y que podemos resumir así:

1º Manuscrito primitivo, que existe en el Museo Británico. Llamado de "Mme. la Baronne de Langry". Lo dió a conocer en 1890 M. Warner y en 1896 lo publicó P. Mangry en París. Ha sido el último en llegar a los historiadores y, si bien conocieron su existencia Millares Torres y Chif y Naranjo, ya no pudieron incorporarlo debidamente a sus obras respectivas. Este manuscrito narra los sucesos ocurridos entre 1402 y 1404 y fué escrito por Pierre Boutier. Era favorable a Gadifer de La Salle. Maffiotte traduce gran parte de él para compararlo con grandes trozos del Bergeron traducido por Ramírez para la edición de la Imprenta Isteña en 1847. La traducción completa y edición la tenía en preparación Constantino Aznar, según anunciaba en su trabajo *Acercá de los lugares de la familia Béthencourt*, etc., publicado en el tomo XI de esta Revista, págs. 438-445. D. Anselmo J. Benítez en su inacabada *Historia de las Islas Canarias* [1912], obra estimable en su aspecto recopilador, tan aprovechada y tan poco citada por nuestros estudiosos, es el primero que incorpora, con bastante extensión, la aportación de Mangry a nuestra historia, en las págs. 460 a 475 de su obra, si bien se limita (en misión recopiladora) a insertar gran parte del trabajo de Maffiotte.

2º El Ms. de "Mme. de Mont-Ruffet", creído original, propiedad particular y que hasta 1874 estaba en poder de la citada. Se desconoce su actual paradero. En 1851 lo copió el propio Mangry y en 1845 M. D'Avezac. Lo editó por vez primera M. R. M. Major en 1872, en Londres, y, en edición definitiva, M. Gravier en 1874, en Rouen. Se cree que fué compuesto en tiempos de Juan V de Béthencourt, hacia 1482, acoplando el anterior número 1º al posterior a él, debido a Juan Le-Verrier y favorable a Béthencourt el conquistador. El de Le-Verrier (desconocido en su aislada existencia) narraría los hechos ocurridos entre 1404 y 1422. El llamado manuscrito de Juan V, pues, es una refundición de los primitivos y aislados de los capellanes Boutier y Le-Verrier, con interpolaciones.

Y 3º El Ms. que existe en la Biblioteca Nacional de París o "manuscrito de Galien". Galien era descendiente de Béthencourt y hacia 1625 preparó su edición en Rouen. Aunque en lo esencial es el mismo que el anterior número 2º y, por tanto, favorable a Béthencourt su antepasado, suprime el capítulo XCVI, sobre disputas entre el conquistador y su esposa, moderniza el lenguaje y hace otras alteraciones. El Ms. de Galien fué publicado por vez primera por Bergeron en París e inserto en el *Traicté de la Navigation et des Voyages*, que los editores Hevqueville y Soly hicieron en 1629. Otra edición de Bergeron se publicó, también en París, en 1630 con el título de *Histoire de la première decouverte et conqueste des Canaries*, etc., más conocida que la anterior de 1629, que pronto se hizo rara; el *Traicté de la Navigation* se incorporó a esta de 1630, aunque en contenido fuese igual a la del año anterior. Lo que de buena fe cree aportar de nuevo Miguel Santiago es que en 1630, además de la edición hecha en casa del impresor Soly (cuya portada reproduce

Bonnet en su aludido trabajo), hay otra hecha en casa de Hevqueville, que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid. Miguel Santiago nos da una fotocopia de las dos portadas para su fácil comparación y cita bibliografía que describe los ejemplares y lugar donde se encuentran; pero ya había dado cuenta de este detalle Maffiotte en su capital estudio, al describir con la meticulosidad de erudito serio que le caracteriza el ejemplar mismo de la Nacional a que alude Miguel Santiago, advirtiendo la existencia de la edición hecha en casa de Soly, pág. 23, nota.

Este manuscrito, con ser el más reciente, fué el primero que conocieron nuestros historiadores. No obstante las palabras de Bonnet, fué Viera y Clavijo el primero en *publicar* las novedades que *Le Canarien* aportaba a la historia de la conquista betancuriana, pues si bien Marín y Cubas lo aprovechó en la segunda redacción de su *Historia*, hecha en 1694, y también Castillo en la suya de 1737, estos autores no habían publicado sus obras cuando Viera escribe. Marín permanece aún inédito y Castillo no aparece hasta 1848 en edición deficiente; prepara la definitiva el propio Miguel Santiago. Viera se refería a Núñez, Viana, Espinosa, Cairasco, Pérez del Cristo y García del Castillo, y si bien en nota y en diversos lugares de su obra cita los manuscritos de Marín, Castillo y otros, ignoramos en qué condiciones los conocería. Lo cierto es que hasta él las noticias del *Canarien* "no se habían publicado". De gran interés sería precisar si Abreu Galindo en 1632 conoció el Bergeron de 1629 y de 1630; Bonnet, circunspeto en las págs. 168-169 de su mencionado trabajo, parece más seguro en su obra sobre *Juan de Béthencourt*, La Laguna, 1944, pág. 164, al afirmar que Abreu "transcribe parte" de él en su historia. Abreu me da la impresión de no conocer la edición de Bergeron. Conviene advertir, según ya se lee en el trabajo de Maffiotte y que Bonnet divulga, que en 1607, 1613 y 1614 los Béthencourt de Tenerife se pusieron en comunicación epistolar con Galien de Béthencourt (como en 1580 otro Béthencourt tinerfeño se puso con Juan VII de Béthencourt, todos asentados en Rouen). Acaso en la respuesta que Galien envió a D. Mateo de Betancor y a que alude su hermano D. Lucas (Vid. trabajo de Bonnet más arriba citado, págs. 171-172), diría Galien que poseía el manuscrito que sabemos y que con tanto interés deseaban copiar los Béthencourt tinerfeños, que se lamentaban de la pérdida del que aseguraban desaparecido en Lanzarote cuando los berberiscos asolaron la isla. La familia tinerfeña poseía, pues, una tradición ininterrumpida de los hechos de su ascendiente Juan IV de Béthencourt el conquistador y es posible que verbal o escrituariamente se conservase en los tiempos de Abreu quien, en varios pasajes en que se refiere al normando, escribe: "Dicen los antiguos, heredado de sus mayores, que al tiempo que el capitán Juan de Betancor", etc., (Abreu, edic. 1848, pág. 28); "Herbanía [nombre de Fuerteventura]... papeles hay donde la nombran así", (idem, pág. 29); "Dícese que cuando el capitán Juan de Betancor y Gadifer de

la Salle vinieron”, etc., (Ibidem, pág. 34). No obstante ello, si el Dr. Bonnet, especialista en la materia, demuestra que Abreu utilizó la obra de Bergeron, rectificaría mi afirmación con gusto.

Anuncia Miguel Santiago que él y su esposa preparan un estudio del retrato de Béthencourt hecho por Monconnet. Veremos si se trata de un muy posterior e imaginario retrato, como supongo, o no, y también rectificaré si me equivoco.

Una ordenación como la de Miguel Santiago era lo que echaba de menos en el importante libro de Bonnet sobre *Juan de Béthencourt*, citado. A ello aludí cuando hice su reseña en “El Museo Canario”, núm. 14, y no a “discernir cuál es el manuscrito auténtico y cuáles los falsificados”, como el mismo historiador me replicó en esta *Revista* (tomo XII, pág. 64). Si en libro tan completo tuvo espacio para insertar hasta una imitación de cantiga provenzal, de mayor interés hubiera sido no omitir una ordenada exposición como la aludida, que no le hubiera llevado otro libro sino un par de páginas, que ya casi tenía hechas aquí y máxime contando con el trabajo de Maffiotte y Mangry a la vista. Ya podrá ver que he resumido la cuestión en este espacio y de haber yo conocido entonces el trabajo de Maffiotte otra hubiera sido mi reseña.

Por último aclaro dos dudas de Miguel Santiago: el trabajo de Maffiotte está publicado, en efecto, en 1903. Lo editó en forma de folletín encuadernable al periódico “Arte y Letras” durante el año en que aparecieron sus 19 primeros números; el 20 y último (en que saldría la conclusión) no lo he visto. En cuanto a la obra en que Julio Verne inserta la crónica betancuriana se llama *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros*; en la primera parte, cap. VI, Julio Verne incluye un extracto de la edición de Bergeron. En 1940 la “Biblioteca Canaria” lo publicó aparte con el título de *Juan de Béthencourt, sin citar la obra de Verne de donde lo toma, según costumbre de esta “Biblioteca”*.

María Rosa ALONSO

Sebastián JIMÉNEZ SANCHEZ.—“Danzas y canciones de la Isla del Hierro” en “*Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*”, tomo III, 1947, cuaderno 2º.

El trabajo del Sr. Jiménez Sánchez no tiene pretensiones eruditas y acaso en una primera misión recolectora sea preferible a la aventurada confección de hipótesis, siempre peligrosas, de no ofrecerse fundamentadas en base sólida. El autor recoge y describe lo que ve y oye: *baile del Conde de Cabra*, del *Vivo*, *Tango herreño*, *baile de la Virgen*, del *Santo*, del *Flairc*, *Cantos de siega*, *Coplas del molino* y otras canciones; por eso

es una lástima que escriba un párrafo tan confuso como éste: "A través de sus coplas, romances y danzas, apreciamos una marcada influencia galaico-portuguesa, del alto Aragón y bereber, flotando sobre todo un sustratum de canariedad guanche prehispánica, que a su vez acusa la presencia del autóctono pueblo *bimbache*". Aparte de que "sustratum" y "prehispánico" casi se excluyen por significar en el párrafo lo mismo, la palabra "canariedad" sobra y el "sustratum" es mejor que permanezca en su lugar etimológico que no "flotando"; sería de desear que la voz *guanche* quede sólo para lo aborigen tinerfeño, máxime que lo aborigen herreño tiene el vocablo *bimbache*. Por lo demás, la influencia aragonesa la encuentra el autor en la indumentaria típica y en el *tango herreño*; en el *Baile de la Virgen* advierte "primitivismo isleño autóctono y su africanismo bereber"; influencias galaico-portuguesas advierte en los cantos de siega, vendimia y en diversas tareas como la obtención del gofio, etc., creencias éstas en las que nos abstenemos de seguir al autor, sobre todo que no da razones algunas para probarlas. La tarea de moler el grano para obtener el gofio ya la advierte el lector de la *Encida*, libro I, 177-179.

Pero como los propósitos fundamentales del Sr. Jiménez son los de fijar lo que a toda prisa se está perdiendo, muy de agradecer es su labor recolectora y de curioso, que ya muchos que nada hacen ni dejan hacer quisieran para sí. Como las danzas recogidas por tan infatigable trabajador ofrecen singulares aspectos arcaicos, de tanto interés me han parecido, que he de ocuparme de ellas con mayor detenimiento en un trabajo próximo; creo que es la mejor manera de apreciar la importante labor del Sr. Jiménez Sánchez.

M. R. A.

AMARO LEFRANC.—"A normando, normando y medio", comedia lírica en dos cuadros. Primer centenario del nacimiento de Teobaldo Pówer, 6 enero 1848, 6 enero 1948. Imp. Suárez Amaro, Santa Cruz de Tenerife, 1947. 40 págs. en 4º mayor.

"Amaro Lefranc", nuestro powerista, a quien se debe la brillantez de los actos celebrados con motivo del centenario del nacimiento del músico tinerfeño, tuvo conocimiento en Madrid—al hablar con D. José Pówer, hijo de Teobaldo, en 1944—de la existencia de la partitura de la opereta *A Normando, normando y medio*, compuesta sin duda entre 1866 y 1870, alrededor de los veinte años del músico. A esta juvenil opereta el escritor francés Denizet le puso libro, hoy perdido. Sólo se conservan los cinco

números cantables que "Amaro Lefranc" ha traducido al español y a base de los cuales ha querido reconstruir el texto perdido, que debió ser muy semejante en asunto al que ha compuesto el notable crítico musical.

En dos cuadros de diez y cinco escenas, respectivamente, ha desenvuelto "Amaro Lefranc" una sencilla y animada acción basada en el argumento del viejo Pichú, que quiere casarse con la joven Albina, enamorada de su sobrino Juan. El padre de la muchacha, Gibrélec, deudor de Pichú, se ve obligado—para satisfacer su deuda—a entregarla en matrimonio solicitado por el viejo. El enamorado Juan, que es humanista y diuho en menesteres de leguleyo, logra, disfrazado de notario y animado por sus amigos, desbaratar los planes del viejo, que se aviene al fin con la realidad cuando ésta se descubre.

El argumento, muy de ópera ligera y francesa, recuerda la trama central del célebre *Si de las niñas*, de Moratín, aquella obra revolucionaria de 1805 y que silbó el bueno de Gabriel de Araceli galdosiano, aunque le gustara. Las habilidades de Juan están en la línea de las que tenía el Leandre raciniano de *Les Plaideurs*, si bien no tan sutiles como las de éste. "Amaro Lefranc" en lenguaje discreto y llano, condimentado con algún sano chiste, ha escrito un libretto que con toda dignidad se hermana con la ligera obrita de Teobaldo Pówer.

M. R. A.

Mariano BASSOLS DE CLIMENT—"La lengua y la cultura". Discurso leído el día 20 de junio de 1948 en la recepción pública del Dr. D. _____ en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, y contestación del académico numerario Dr. D. Martín de Riquer. Barcelona. Imp. Elzeviriana.

Reseñamos en *Revista de Historia* la publicación del discurso de ingreso del Dr. Bassols en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, porque en la primera parte del mismo hace una extensa nota biográfica del que fué su predecesor en la cátedra de Lengua y Literatura Latinas de la Universidad de aquella capital, así como en el sillón académico, Dr. D. Joaquín Balcells y Pínto, hijo de esta ciudad de La Laguna, donde nació el 21 de febrero de 1890, y sí de antigua familia tarraconense por su padre, como el autor indica, por la de su madre de viejas raíces isleñas, nieto y sobrino de profesores y poetas.

El Dr. Balcells fué autor de diversos trabajos monográficos, tales como *Los temas pastorales en el Imperio Romano*, *En torno a la época de Q. Curcio*, *Dos momentos culminantes en el patriotismo de Homé-*

ro, Virgilio y la efusión afectiva de la naturaleza, El tema de la muerte en la poesía de Horacio, El humanismo como actitud espiritual, etc. Sus traducciones de los clásicos y las muchas conferencias que dió, tanto en nuestra patria como fuera de ella, le colocaron en un lugar destacado de nuestra intelectualidad.

Hemos de recordar aquí que, durante su estancia en estas Islas, el año 1935, pronunció diversas conferencias: en el salón dorado del Ayuntamiento de Las Palmas, el 7 de agosto, *Individuo y colectividad en la cultura europea* (Vid. "Diario de Las Palmas" del 8); en el Ateneo de Santa Cruz de Tenerife, los días 26 del mismo mes y 2 de septiembre siguiente, *El paisaje en la Literatura clásica* y *El problema de la Universidad autónoma de Barcelona*, respectivamente, ("La Prensa" de los días 27 y 28 de agosto, "La Tarde" del 27 y "Hoy" del 7 de septiembre), y, por último, desde el micrófono de Radio Club Tenerife, sobre Lope de Vega ("La Tarde" del 13 de septiembre).

El Dr. Barcellis murió en Suiza el 28 de octubre de 1936, fugitivo de Barcelona, de donde tuvo que huir al haber sido blanco de iras y resentimientos durante nuestra guerra civil.

Quede aquí registrada la nota biográfica de los que fueron sus alumnos, los Drs. Bassols de Climent y de Riquer, en la que se refleja la consideración y cariño a que se hizo merecedor.

L. R. O.

Luis ALVAREZ CRUZ.—"El poema del huso y el felar". Santa Cruz de Tenerife, Lit. Romero, 1948, 33 págs., 4^o ilustr.

Después de una breve introducción, en la que el autor pone en zona de claridad la génesis y alcance de su trabajo, pasa a darnos unas estampas campesinas tituladas "La última hilandera de Taganana", "En el telar de seña Carmen Crisanta", "La típica mochila tinerfeña", "Los últimos trajes labriegos de cordón" y "Las camisas de un viejo campesino". Como se ve, temas en torno al hilado y tejido.

Se han entresacado estas estampas de una vasta colección de reportajes que hace años dió a la luz en la prensa diaria el ágil periodista y escritor Luis Alvarez Cruz. Fundamentalmente fueron escritos con un propósito informativo, aunque se apuntaba con generosa intención a prolongar, siquiera por breve espacio, la vida de unos objetos adscritos a un noble y viejo quehacer artesano.

Dos aspectos quisiéramos destacar de este cuaderno: su técnica, en cuanto trabajo puramente folklórico, y su tono. Con relación al primero ya nos previene el autor desde la introducción: "sin reglas—dice—, al

voleo ingrátido de la mirada curiosa". De las dos maneras—erudita y anecdótica—que cabe en el tratamiento de materiales folklóricos, el autor adopta deliberadamente la segunda. No vamos a traer a discusión cuál de ellas es la que adquiere mayor resonancia: digamos que, conforme a su plan fijado, el autor lo resuelve con gracia y soltura y, en algún momento, se desvía de su propósito y entra en predios que no pretendía hollar; por ejemplo (pág. 19), la aportación que hace de una regular colección de voces referentes al acto de tejer, la inclusión de una oración a San Silvestro (pág. 15), el cuento de señor Félix Gil (pág. 27) y cuentos de brujas (pág. 14). Material escaso, es cierto, pero nunca desdénable.

Por lo que respecta al tono, a la forma expresiva empleada por el autor, su prosa, digna y suelta, está acaso tocada de un sentimiento demasiado vivo de lo pintoresco que desemboca en una laguna de exaltadas nostalgias; pero esto formaba parte de los propósitos del autor y no se traiciona por ello. Su postura frente al tránsito inexorable de las cosas es de absoluta nostalgia y esto le sitúa en la línea de los más fervorosos evocadores del pasado isleño, entre los cuales descuella D. Leoncio Rodríguez, que no es ajeno, ni mucho menos, a la posición de algunos escritores—sobre todo periodistas—de la presente generación.

Un indudable acierto del librito es la intercalación de láminas, hechas con muy buen sentido y cuidadosamente reproducidas. Pulcra la edición, como corresponde a la importancia de los talleres donde *El poema del huso y del telar* ha sido impreso.

L. D. C.

Inspección Provincial [de Enseñanza Primaria]
de Santa Cruz de Tenerife.—“Orientaciones y
Cuestionarios”. Santa Cruz de Tenerife, 1948, 110
páginas, 82.

En un preámbulo expone la Inspección redactora de estos cuestionarios la finalidad que con los mismos se ha propuesto: unificar la labor docente que deben desarrollar los maestros adaptada a los diferentes grados de desarrollo mental de sus alumnos. Este prurito de unidad podría parecer ocioso y aun vicioso si, con claro conocimiento de la realidad, no apuntasen los autores la desorientación del maestro novel y, todavía con más razón, el amaneramiento en que suelen caer los que presumen de experiencia y veteranía. Así los presentes cuestionarios, acompañados además de útiles orientaciones pedagógicas, constituyen un antídoto a esta rutina, llenos como están de innovaciones y de sugerencias para hacer viva la labor que tiende a anquilosarse.

Otro rasgo simpático que tenemos que destacar es la importancia que se da en ellos a las modalidades locales, tanto en el contenido de las disciplinas propiamente dichas como en las enseñanzas artísticas y en los recreos dirigidos. Nuestro folklore, discretamente aprovechado, forma su fondo y si, como es de esperar, se utiliza inteligentemente por el maestro, puede contribuir a revalorizar a los ojos mismos del pueblo interesantes manifestaciones que tienden, por desgracia, a desaparecer.

V. VIÑES

Juan RÉGULO PÉREZ.—“La Flandroj kaj la koloniigo de la Kanariaj insuloj”. “Flandra Esperantisto”, Bruselas, diciembre 1948.

Idem.—“La sklaveco en la Kanariaj insuloj kaj ties sekvoj”. “Internacia Kulturo”, Sofia, septiembre 1948.

Con estos trabajos prosigue Juan Régulo su propaganda de los temas canarios a través del mundo; propaganda que viene realizando por medio del poderoso instrumento que es la lengua esperanto y la confraternidad de sus cultivadores. En la sección *Varia* de esta Revista nos hemos referido ya alguna vez a tales trabajos. Los que ahora mencionamos merecen una especial atención, pues en ellos se enfocan puntos de vista históricos, a base de enseñanzas recientes vertidas en dos cursos de nuestra Facultad, fundados en material inédito o apenas dado al público y, por tanto, además de su valor de difusión de nuestras cosas en los más diversos círculos, tienen positiva novedad, incluso entre nosotros.

En la revista flamenca se resume la historia de la industria azucarera en Canarias y, a la relación numérica de ingenios que nos dan los cronistas, añade las interesantes precisiones de producción que se hallan en documentos de publicación reciente: 20.000 arrobas para tres ingenios de La Orotava en 1509. Se expone luego el comercio de ese azúcar en manos de los negociantes de los puertos flamencos y el establecimiento de algunos de ellos en las Islas hasta constituir prósperos patrimonios y originar familias de considerable influjo local, de las cuales se da noticia. La conservación de varios de estos nombres de familia y otros recuerdos de la presencia flamenca en Canarias, con que se cierra el artículo, tiene que interesar evidentemente a los lectores de aquella revista.

En el artículo resumido, se dedica también un párrafo a las consecuencias sociales de la industria azucarera colonial. A este tema se dedica especialmente el trabajo publicado en la revista balcánica. Esta industria ha sido en todas partes esclavista. Lo fué también en Canarias y

determinó igualmente la profunda división de clases que es propia de las haciendas de esclavos. En Canarias no hubo nunca, empero, monocultivo azucarero y además este mismo cultivo decayó desde el siglo XVII como fuente principal de riqueza. Existió, pues, siempre una clase campesina libre que ha constituido y constituye todavía lo más sano y sólido del pueblo canario. Es cierto que una clase media puede decirse que no aparece hasta el florecimiento de los puertos y su clase mercantil en el siglo XVIII y más el XIX; pero el modesto campesino propietario de su tierra arranca de las mismas datas de repartimiento de las Islas.

Claro es que la finalidad principal de estos trabajos no es la científica, sino la de despertar interés por las cosas de estas Islas; así es natural que no vayan provistos del aparato de notas y citas que el autor no descuida en otra clase de producciones. Sólo felicitación merece esta labor suya y hacemos votos para que se multiplique cada vez más, ya que puede apoyarse en medio tan eficaz, desgraciadamente todavía al alcance de pocos, entre nosotros.

E. SERRA

Dr. Francisco POLO JOVER y Dr. Pedro LÓPEZ ZUMEL.—“Razas vacunas de Canarias”.—
Dr. F. POLO JOVER.—“La cabra canaria”.—
Separatas de los “Trabajos del I Congreso Veterinario de Zootecnia”, Madrid, 1948.

Como era de esperar de la competencia de sus autores, éstos trabajos sobre el ganado canario son tan interesantes como sólidamente fundados desde el punto de vista zootécnico, que es el suyo propio. En el primero de ellos, después de reconocer el origen variado de las razas bovinas de las Islas, se afirma que por lenta fusión y adaptación al medio se han venido a constituir tipos determinados que se describen con precisión. Dos son las razas resultantes: la Basta o oriolla del país, producida especialmente en la meseta Tacoronte-Laguna y sus montañas, de buen rendimiento de trabajo y leche; una variedad de ella menos estimada vive en el resto de la isla y en las demás del Archipiélago, excepto la de La Palma. En ésta la raza bovina dominante es la Palmera: animales de gran fuerza, utilizados como tractores también en las demás Islas. Los autores del trabajo comentado se pronuncian contra la importación y cruzamiento con razas de vacas finas, que dan productos inadaptados a las condiciones del país, alimentación y explotación a que se destinan; y preconizan la mejora de las razas locales sólo por selección.

Las cabras canarias—dice el Dr. Polo—se separan extraordinariamente de las razas europeas y africanas conocidas. Son resultado del cru-

zamiento de la raza autóctona con el ganado importado por los conquistadores y, modernamente, con ejemplares selectos. Ha dado un tipo de conformación rústica y marcada especialización lechera: la "vaca del pobre".

Los autores se han creído en el deber de introducir su tema con una visión histórica del ganado insular; y en este terreno puede notarse que no pisan firme. Hay que desechar en absoluto la existencia de ganado vacuno entre los aborígenes, de cualquiera de las Islas que se trate. La mención de bueyes por Abreu Galindo en la isla de La Palma (lib. III, cap. I) se refiere, sin sombra de duda, a los tiempos del autor, muy posteriores a la conquista. El nombre de la *corza* o *corsa* nada tiene de ganache. Son abundantes las noticias de sacrificio de reses vacunas para la cannicería de Tenerife desde la misma fundación de la villa de San Cristóbal, como puede verse en los *Acuerdos del Cabildo* que acabamos de publicar. Se exportaban cueros y nada hemos visto de su importación. Respecto del ganado menor, ya que se mencionan las ovejas indígenas, debió aludirse a la raza sin lana a que pertenecían y a su posible confusión con las cabras en Boutier cuando pondera la calidad de su carne y la cantidad de sebo que producían. En fin, la condena formulada de paso contra la canga palmera (*Razas vacunas...*, pág. 9, lín. 7-9) se nos antoja gratuita y que no sería tan fácilmente aceptada por aquella amplia mitad de Europa que no usa otro sistema de uncir (vide "Tagoro", I, 1944, pág. 20).

E. S.